

EL EFECTO LÁZARUS

La peor tristeza jamás experimentada con anterioridad carcomía mi pecho y mis entrañas. Había perdido a mi amada, mi llanto y mi congoja eran terribles. Escribo estas líneas mojando la hoja con mis lágrimas que son interminables. Mi existencia era atormentada por la pérdida de Laura. Nada en este mundo podía sanar las profundas heridas sangrantes de mi latiente corazón. Todo era angustia y desesperación, hasta el paisaje que rodeaba nuestra casa en donde algún día fuimos tan felices. Los pájaros callaron y el sol se ocultaba en el horizonte en el más depresivo rito funerario. Su último aliento lo conservo en mi mano. Recuerdo apretar su boca y obstruir su respiración ¿Quizá yo la maté? Mas no podía verla sufrir tanto. Su cuerpo era tan frágil y débil que como el pétalo de una flor marchita cae y fenece. Tengo su imagen presente en mi memoria: acostada en la cama, con su camisón blanco, sufriendo los estragos de una doliente enfermedad que la postró por incontables días. No puedo dejar de afligirme, era todo para mí. La poca felicidad de íntimos momentos se desvaneció cuando ella dejó de existir. Mi luz se extinguió con su último suspiro y la noche cayó como recordatorio de la debilidad humana y su flaqueza ante el destino. Destino que no quería, que rechazaba y que no quería aceptar. La muerte es la única libertad cuando ya no tiene esencia la vida, cuando pierdes lo que más veneras, que más queda. Escuché a mi madre decir que debemos continuar en el camino sin perdernos en las brechas de la desventura, que debemos sobreponernos a los infortunios y desgracias, pero que se puede esperar de una pobre mujer que nunca amo. No quise escuchar más a nadie, ya que no me comprendían me encerré en mi habitación tratando de acallar un poco este maldito dolor.

Al día siguiente, el funeral. Las flores que yacían a un lado de su féretro palidecían ante la exquisita belleza de su cadáver. Su rostro blanco y fantasmal, cubierto con un delicado velo de seda. Sabía que ya no volvería pero fantaseaba verla despertar de un profundo y cálido sueño. Los familiares y amigos que se reunían en la sala, trataban de convencerme de alejarme del ataúd y continuar, yo me aferré hundiendo mis uñas en la madera, rasgándola como un animal enjaulado que quiere liberarse. El silencio gobernaba el lugar y yo me atreví a romperlo con un llanto doloroso y amargo, contenido en mi más recóndita soledad. Pensé una vez más en la muerte como solución a mi desdicha, pero había algo muy escondido en mi mente que se oponía a tal suceso. Me repuse y volteé a ver a mi familia, mas en sus rostros no encontré respuesta alguna a mi sufrimiento. Salude a mi hermano con una falsa e hipócrita careta de gusto, ya que siempre lo odié. Una intoxicante mezcla de sentimientos invadía mi cuerpo, parecía que la cordura me abandonaba, dando la bienvenida a la locura. Si enloquecer es la última etapa de un desconsolado y abatido, renunciaría a mi lucidez y a mi razón invitando a la demencia a deshacer toda evocación de este infernal sufrimiento.

Eran casi las cuatro, el sol irradiaba su calor, calor que no sentía, frígido y con calosfríos sudaba inconmensurablemente por la calle trasladando el ataúd a la iglesia de la comarca. La procesión era sigilosa, graciosa marcha de entes ataviados de negro persiguiendo un cajón con un cuerpo inerte, símbolo de la fugaz existencia del hombre en sus pasos por este mundo. Al llegar al atrio de la templo contemplé con gran admiración las grandes torres que se elevaban al cielo, ni eso tranquilizaba mi dolencia. Una vez depositado el féretro delante del altar se prosiguió con la misa. Me senté en las bancas delanteras limpiando con un pañuelo el exceso de sudor en mi frente. El cura salió y comenzó con la venia de la persignación. Yo nunca fui un creyente devoto, ni

tampoco un ferviente ateo, siempre he dudado de la existencia de un Dios controlador de todo el universo. Ese día con respeto accedí a escuchar los mensajes del sacerdote. Desde el púlpito el hombre hablaba palabras insulsas y llenas de falsedad. Dentro de mí experimenté un aborrecimiento indescriptible, un hastío incontrolable ante las fingidas frases del sacerdote. Por un momento reflexioné y ni eso valió de que la enajenación me acometiera a irrumpir la sesión con el acto más impropio que haya presenciado un católico en su morada de fe. Me levanté y grité con desesperación, estas fueron las palabras de mi blasfemia:

- ¡Usted! -Señalé al cura con mi trémula mano- ¡Sí usted, hombre de tales convicciones! ¡Cómo se atreve a decir que Dios así lo quiso! ¡Y que tal que si Dios no lo haya querido hacer! ¿Mi esposa viviría? ¿Quién la mató? ¿Dios o el demonio?
- Tranquilízate hijo mío...-Respondió el sacerdote.
- ¡Tranquilizarme! -Le interrumpí- ¡Usted cree que me pueda tranquilizar! Mi amada yace muerta y ni Dios puede ayudarme ¡Pues yo reto a Dios, si él me quitó a mi esposa, lo aborrezco!
- ¡Sacrilégio! ¡Blasfemo! -Palabras que proclamaban en la multitud.
- ¡Déjenlo, mi pobre hijo ya ha sufrido mucho, él no sabe lo que dice! –Salió mi anciana madre en mi defensa.
- ¡Laura! ¿Por qué? –Simplemente ya no pude más, me desgarré llorando, abrazando su caja mortuoria. Algo extraño pasó, algo sin precedentes, mi mente ahogada en la locura encontró reposo al imaginar que yo pudiera revivir a Laura.
- ¡Está bien! Acepto su muerte pero no lograran arrebatarme mis sueños, sueños de humano –Me dirigí a la salida y pronuncié- ¡Dios que estás en los cielos, tú veras y serás testigo de la resurrección! -Salí corriendo y no recuerdo cuanto

tiempo corrí, hasta que el cansancio me venció y bajo un árbol quedé llorando sin consuelo.

Ya avanzado el día, casi al atardecer, llegué al cementerio. Me encontraba más tranquilo y sereno. Los lastimeros llantos se escuchaban alrededor de la excavación. Me acerqué taciturno y miré como todos me observaban con sus ojos llenos de lágrimas, También lloraban la muerte de mi amada. Vi a su madre y sus hermanas con el dolor que nace al despedir a un ser querido y verlo depositado en un agujero en la tierra. Ya no sentía más remordimientos, traté de comprender la escena. El ataúd bajaba a su última morada, al descanso eterno. Todo sucedía tan lento, poco a poco el féretro bajaba en la fosa. Los últimos lamentos se escucharon y las flores eran lanzadas por los presentes haciendo reverencia al cadáver de mi mujer. Las palas cargaron tierra y la arrojaron en el hoyo, su tumba quedó sellada. Mi obsesión se acrecentaba hasta que un viento apareció y refresco mi cara, agitó mis cabellos y la última lágrima recorrió mi mejilla. El tumulto se fue disgregando, cada uno con su propio dolor, se retiraron a sus hogares. Yo ideando, tramando y hurgando en terribles pensamientos también me dispuse a retirarme.

Los días que siguieron fueron como un sueño, no recuerdo cómo, ya que cada mañana y noche aparecía en el mismo lugar, en el panteón. Días e interminables noches me senté junto al sepulcro de mi amada Laura. Conversaba con ella todo el tiempo. Mi enfermedad se acrecentaba, no podía concebir la idea de que ella ya no estuviera conmigo, trataba de que no fuese así, imaginando el momento en que regresaría. Cuando mi familia me creía a salvo en mi dormitorio, escapaba y regresaba a la tumba. Pasaron los días y mi madre se quedó en mi casa, haciéndome compañía. No hable ni

siquiera murmuré, no comía ni bebía, no fui al trabajo, pensando, escudriñando en mi cerebro la forma de devolverle la vida a Laura. Un recuerdo pasó fugaz en mi memoria, la imagen de mi maestro en la secundaria, reviviendo un sapo muerto. El maestro era un extranjero apellidado Kleppner, hombre de prominente estatura, su pelo rubio y su gracioso acento al dar la clase de biología. En mi reminiscencia pude acordarme de los detalles; el sapo tenía alambres conectados a una batería, él la encendió y con asombro, vimos todos alumnos de la clase, como el batracio movía sus extremidades. En ese preciso instante borré todo pensamiento insustancial y maquiné un plan, visitar a ese hombre, quizá el tendría la respuesta para resucitar a un ser humano.

Busqué afanosamente por todos los pueblos cercanos. Con el tiempo encima recorría escuelas, universidades y laboratorios científicos, parecía que la tierra lo había reclamado ya que no encontraba ni una sola pista que me llevara hacia él. Pasaron tres días y como un milagro misericordioso encontré en un directorio telefónico el nombre de Horacio Kleppner. Me dirigí a su casa, una hermosa residencia en los suburbios de una populosa ciudad, pero mi búsqueda resultó infructuosa, ya que la esposa me informó que el maestro Kleppner había fallecido hace cuatro años. Subí a mi automóvil y golpeé la puerta, la ira y el desconcierto sobrevenían a mi desgracia. Ahora sabía que nada de lo que pudiera hacer regresaría a mi mujer. Entonces, me vino una imagen a mi mente, tendría algunos escritos donde explicara sus experimentos. Así que esperé a la noche para que fuera cómplice en mi siguiente proyecto. En la oscuridad cometí mi trasgresión, me dirigí a la parte opuesta de la casa y moví la cerradura del sótano, y la puerta se abrió, bajé por una escalinata iluminado con una linterna de mano. El sótano estaba plagado de libros y hojas sueltas en mesas y muebles. Mi sorpresa fue enorme al encontrarme con una plancha metálica donde se depositan los cadáveres y junto una

mesa con un extraño aparato de resucitación. Desesperadamente busqué entre los libros alguno que mencionara sobre las actividades que llevo en aquella plancha. Por fin, un manual que tenía por título “En la espina dorsal está la respuesta de la resucitación”, lo saqué de una repisa polvorienta. Desmonté el aparato y lo deposité en una bolsa, realmente no era tan pesado, tomé el libro y escapé. Regresé feliz a mi pueblo ya que tenía en las manos la esperanza de volver a encontrar un motivo por vivir.

Esa misma noche me dispuse a desenterrar el cadáver de mi esposa. Visité una vez más el cementerio y ahora las estrellas brillaban como nunca, mi horizonte se expandía. Lo tenía todo tan meticulosamente planeado que llevaba conmigo una pala. Comencé mi labor, retirar toda la tierra que tapaba el foso, mientras más me acercaba al ataúd, más me acercaba a mi grandioso destino. En la cripta se leía el epitafio: A nuestra amada Laura esposa e hija, que Dios la tenga en su gloria, ahora yo la iba tener en mi gloria, se la arrebataría a Dios. Llegué al féretro y lo destapé, los habituales aromas de la descomposición se transformaron en bellas fragancias en las cuales saboreaba mi triunfo. Sustraje el cuerpo y lo puse en la cajuela del carro. Como furtivo ladrón regresé a tapar todo con la misma tierra, nadie sospecharía de mí, dejé la tumba como estaba.

Al día siguiente desperté en mi cama y próximo a mí, el cuerpo inerte de mi amada. Mi madre llamó a la puerta, preguntando sobre el fétido olor que impregnaba el lugar, le contesté que no sabía a que se refería. En cuanto se retiró atrás de la puerta, continué con mi propósito, volví a montar el aparato y comencé a leer página a página el libro del maestro Kleppner. No era tan difícil después de todo, tenía esquemas e ilustraciones que facilitaban la lectura, inclusive bases anatómicas para cualquier ignorante en la materia. Kleppner había heredado la revelación a los misterios de la muerte, para él básicamente

el cuerpo pierde su energía al morir, pero la vuelve a recuperar cuando ésta se le proporciona al cadáver. Incesante, aprendía todo, sediento de conocimiento me fui instruyendo en los temas del libro, hasta el manejo del aparato venía explicado tan escuetamente que me fue muy fácil aprenderlo en una mañana. Mi habitación permanecía cerrada y mi madre tocó la puerta varias veces, y yo le pedía que se retirara, mi preocupación aumentó al volver a cuestionarme sobre el hedor que transpiraba el cuerpo de Lucía. Pasaban las horas y yo tuve que salir a proveerme de material quirúrgico para iniciar la cirugía. Los instrumentos que encontré fueron los de uso común en la cocina: cuchillos, tenedores y cucharas. Comencé la carnicería, no tenía más remedio que abrir el pecho de Lucía para depositar un cátodo en el corazón y un ánodo en la arteria aorta. Tres alambres en la espina dorsal, uno en las vértebras cervicales y dos en las dorsales y dos más en el cerebro. Lo hice cuidadosamente como un médico realizando una difícil operación a un paciente moribundo. Rapé el cabello de la cabeza de Lucía para hacer pequeñas incisiones con un taladro perforador en la parte occipital y temporal del cráneo. Los medios rudimentarios como el cocer las heridas con hilo sastre, limpiar las incisiones con alcohol, fueron testigos de mi gran proeza. Tardé casi 45 horas en conectar todos los alambres ahora sólo quedaba encender la máquina y esperar el milagro. Los puntos de conexión debían ser cuidadosamente puestos en partes específicas del cuerpo, no tenía el tiempo para errores, a cada momento Lucía se descomponía más. Encendí el aparato y me acosté.

Dormí, no se cuantas horas. Un malestar me apesaba, todo mi cuerpo se quebrantaba en punzantes dolores. El milagro estaba consumado, Lucía yacía sentada junto a mí. Me incorporé de golpe y la vi, con su mirada perdida hacia la ventana, sus hermosos ojos miraban en todas direcciones. Me aproximé y la abracé ¡Oh, Lucía estás viva! Pero no

respondía, mas no me importaba, con el tiempo se integraría, volvería hablar, volvería a ser normal de eso estaba completamente seguro. Reté a Dios y lo vencí, en una batalla donde la ciencia derrota a los absurdos preceptos religiosos sobre la resurrección. La muerte ya no sería un problema, todos podríamos vivir eternamente felices, sin perder más a los seres apreciados. Nadie podía aún saber mi secreto, sólo hasta que Lucía se incorporara. Mi dicha era inexplicable, Lucía había vuelto de la tumba a reunirse conmigo, eso era lo más importante. Salí tan jubiloso que bajé las escaleras y abracé a mi madre, se consterno al verme tan radiante y contento. Le advertí que no subiera a mi habitación, todavía tenía que sanar las partes putrefactas del cuerpo, todavía no era el momento de presentarla al mundo. Era hora de regresar al mundo, me bañé, tomé una taza de café y me decidí ir al trabajo. Mi actividad consistía primordialmente en bienes raíces, eso hago vender casas. Salí de mi vivienda como un día común antes de la tragedia, pensé que todo sería como antes, que estúpido fui.

Al regresar eran las 3:25, estacioné mi auto y saqué las llaves, abrí la puerta y llamé a mi madre, pero nunca más respondió. Ascendí por la escalera que conduce a mi habitación y en el dintel miré la más pavorosa escena de horror. Mi madre yacía en el suelo con el cuchillo incrustado en su pecho. La sangre corría por el piso y Lucía parada me observaba y le grité: ¡Qué has hecho! ¡Por qué lo hiciste! ¡Mataste a mi madre! Ella quieta y sigilosa con su camión manchado de sangre. No podía creerlo, mi esposa era una asesina. Con una fuerza descomunal se lanzó hacia mí y también trató de liquidarme. Me tiró al suelo y con sus manos oprimía mi cuello, alcancé el cuchillo que estaba en el clavado en el pecho de mi madre y lo hendí en su espalda, se levantó haciendo ruidos extraños como un animal. Jalé los alambres que salían de su cabeza y cayó otra vez sin vida. No pude contener mi llanto, había fracasado, pero esta vez tenía

dos cadáveres. La desesperación de no encontrar una respuesta lógica a lo que estaba aconteciendo hizo que me hincara y pidiera perdón. Podemos resucitar un cuerpo pero el alma no se puede traer de regreso. Perdido en conjeturas y respuestas sin sentido, escribo esta historia para que sirva de lección a los que se atreven a jugar a ser dioses y desean cambiar las reglas de la vida. No se que ocurrió realmente ¿Por qué Lucía actuó de esa manera? Creo que nunca lo sabré. Mi madre tuvo una vida difícil y aún así no perdió nunca la esperanza. El amor se convirtió en locura y mi madre me lo advirtió, no debemos de separarnos del camino, decía. Una sensación de angustia tensionaba mis músculos, un sufrimiento interno me invadía, después de todo era mi culpa. Quemé el libro del maestro Kleppner y ahora escribiendo estas líneas sostengo una pistola, creo saber cual es el final, ustedes también se lo pueden imaginar.